

El juego y el jugar: espacio y tiempo de autonomía¹

Una breve puesta de contexto...

Trabajo como docente formadora de profesores de educación física. Los temas de los cursos que se me han asignado, no están directamente relacionado con la infancia, sino que con los fundamentos históricos de la Educación física. Esta mirada temporal me ha mostrado con creces como esta disciplina se ha constituido en una asignatura sin cuerpo, un lugar de técnicas deportivas, incluso un espacio de disciplinamiento y discriminación de cuerpos, de sujetos, de personas. Estamos lejos de la libertad y el goce de la exploración motriz y de la experiencia de reconocimiento del cuerpo-mente que somos. No trabajo directamente con niños, niñas, ni con bebés, sino con futuros profesores que si lo harán. Esto me vuelve, en alguna medida, responsable tanto de los marcos conceptuales como procedimentales que construyen los estudiantes de pedagogía en educación física que pasan por mis cursos. Alrededor de 120 cada año.

En este contexto, las ideas de Emmi Pikler, no corresponden, a lo que tradicionalmente puede uno extraer como educadora respecto de cómo trabajar con bebés. Antes bien, Emmi Pikler nos hacen reflexionar sobre el adulto y sus disposiciones personales para entrar en una relación honesta con los niños y niñas a quienes está llamado a “educar”. Muy particularmente han propiciado una mirada sobre el juego infantil, supuestamente, la herramienta privilegiada de la educación física infantil, parte de estas reflexiones son las que comparto brevemente aquí.

Mis reflexiones sobre el juego...

El juego es totalidad. Involucra al ser humano física, cognitiva y emocionalmente, de manera gratuita y sin otro fin que el placer que provoca el jugar.

Cuando hablo de juego, me refiero a una actividad realizada en el aquí y el ahora, cargada de emociones y acciones sin propósito exterior a ella. Una actividad libre, de creación, una actividad de movimiento, de energía vital. El juego es gratuidad, presencia, inmediatez.

El juego y el jugar necesitan espacio intra y extra psíquico, de libertad de movimientos y de expresión. Estas ideas de libertad y de autonomía han podido ser elaboradas con mayor claridad, gracias al encuentro con los trabajos elaborados por Emmi Pikler, en el

¹ Elisa Araya Cortez, Profesora de Educación Física ; Psicomotricista, es Doctora en Ciencias de la Educación, docente UMCE-DEFDER. Miembro desde sus inicios de la Red Pikler Chile. Por la Infancia

Instituto Loczy² de Budapest. El convencimiento empírico de Pikler sobre la idea según la cual, el desarrollo motor en niños y niñas, se da de manera espontánea apoyado por los espacios de seguridad que puede proporcionarle un adulto generando ciertas condiciones, resulta un desafío para “los pedagogos del movimiento modelado” que muchos educadores físicos creen un deber ser.

Inspiradas en las ideas piklerianas, hablamos de un juego que no busca alcanzar objetivos y resultados determinados desde fuera del jugador, rendimiento o recompensas. Quien juega no busca otra cosa que el jugar. Sin embargo, cuando los educadores físicos hablamos de juego, buscamos explicaciones « lucrativas » que lo vuelven una actividad altamente recomendable para el desarrollo ulterior del niño. Pensamos en el desarrollo motor, el afianzamiento de las habilidades motoras básicas, incluso en el apoyo al desarrollo cognitivo a través de este.

Sugerimos que a los profesores de educación física, por la formación deportivizada que tienen, les produce grandes conflictos cognitivos llegar a concebir, el jugar como una actividad constitutiva del ser niño, niña. Juego que, justamente, debido a su gratuidad, libertad de exploración y de creación, se constituye en espacio de desarrollo de la autonomía. Comprender que los niños, niñas alcanzan por sí mismos un desarrollo motor adecuado, que el adulto no “enseña” movimientos ni ayuda a realizarlos, sino que los niños, niñas se mueven y se desarrollan regidos por su propia iniciativa, es un golpe al “egocentrismo pedagógico” del educador físico.

Este juego autónomo, se realiza fuera de las coerciones que el adulto suele imponer al niño, la niña persiguiendo resguardar el orden y la tranquilidad o disciplinarlo. Es un juego que se obra respetando la naturaleza de la persona, un espacio de acción donde pueden dar rienda suelta a su conducta y su imaginario, en la exploración abierta de lo que ellos son y de su entorno. Esta exploración puede darse sólo si el niño y la niña viven en el respeto. Como lo explica Maturana³, el respeto, es el vivir del niño o la niña en dignidad.

Muchas veces pensamos que el niño y la niña aprenderán, en el juego con reglas, el respeto a los demás y a sí mismos, la verdad es que los niños viven y juegan en el respeto cuando ellos han sido respetados. Cuando su vivir es un vivir en el respeto. Las reglas son respetadas por los niños al jugar porque es la legítima manera de estar con otros en el juego, es la posibilidad que el juego se siga jugando, es el consenso donde todos encontramos placer y satisfacción. Vale decir, solo es posible que se respete la norma del juego, si el niño, niña ha experimentado el vivir en el respeto por su persona.

² Emmi Pikler: *Moverse en libertad*. Narcea S.A. DE EDICIONES, Madrid, 2008

³ Maturana, H. y Verden, G. « Amor y Juego: Fundamentos Olvidados de lo humano ». Instituto de terapia cognitiva, 1997.

Parfraseando a Khalil Gibran⁴ decimos « el niño [y la niña] aprenden lo que viven ». Entonces, el respeto por sí mismo y el respeto por el otro « *surgen en relaciones de aceptación mutua en el encuentro corporal en el ámbito de una confianza mutua total...El abuso [uso forzado] y la mutilación del cuerpo de una persona por otra, violando esta confianza mutua fundamental, destruye en la persona abusada el respeto por sí misma y su posibilidad de participar en la dinámica del respeto mutuo que constituye a la coexistencia social* »⁵.

El respeto podría considerarse como, el cuidado de la libertad ajena a través del cuidado de la propia, es así como se forma la comunidad. Las reglas surgen no como limitaciones sino que, justamente, hacen viable acciones comunes. Rompe la lógica del juego practicado educación física que pone el énfasis en el competir, que es germen de podredumbre de lo colectivo.

El respeto, entonces, se aprende en toda circunstancia de existencia donde soy-estoy como legítimo frente al otro (el adultos, los padres, los maestros). Por eso, el espacio que nuestras sociedades modernas, nuestras familias modernas, nuestras instituciones modernas «cedan» para que niños y niñas jueguen, dancen, canten explore, se muevan, se ríen, en libertad, es fundamental en la constitución de este sujeto de respeto.

Para que ello ocurra los educadores físicos, las maestras de escuelas deben ser formadas en este paradigma. Necesitamos, revisar la actitud hegemónica que el adulto tiene sobre la actividad lúdica de niños y niñas. Los adultos, los educadores a cargo de las actividades educativas, tenemos el imperativo ético de comprender el juego como este espacio-tiempo que posibilita a los niños y niñas una búsqueda y una realización plena de sus «imaginarios», una ampliación de sus experiencias.

Dejar en libertad de movimiento a través del juego, no es una tarea fácil, pero es necesaria (y urgente) : para la imaginación creadora, para la acción realizadora, para la gratuidad del placer y del movimiento, para el aprendizaje del respeto, que harán que niños y niñas crezcan y se desarrollen en la potencialidad de alcanzar plena conciencia humana.

⁴ Gibran, K. « El profeta » Ed. Folio, 1992.

⁵ Maturana, H. y Verden, G. Ibid.